

Lorenzo Chaparro

LA CALLE DE LA BERENJENA

Y OTRAS HISTORIAS SIN GLUTEN



Primera edición: septiembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lorenzo Chaparro

ISBN: 978-84-18250-94-1

ISBN digital: 978-84-18250-95-8

Depósito legal: M-13574-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





No vale el precio que piden por ella, ni como obra literaria ni
como montón de papel impreso.
Crítica del *Boston Post* al publicarse *Moby Dick*



Circula por internet una historia, no se sabe muy bien si verdadera o no, relacionada con un empleado de cierto hipermercado que un día vio a una señora empujando el carro de la compra a mayor velocidad de la normal, al mismo tiempo que recorría los pasillos y miraba angustiada a un lado y a otro de las estanterías, como si buscara algo y no diera con ello. Por ese motivo, el empleado se acercó a ella y le preguntó: «Señora, ¿busca usted algo?». La buena mujer, con el rostro desencajado y los ojos casi fuera de sus órbitas, contestó: «Sí, por favor, ¿tienen algo con gluten?».

Vivimos unos tiempos de tal paranoia antigluten que no es extraño que un día suceda algo parecido o incluso peor. ¿Es probable que terminen vendiéndonos ropa, coches o electrodomésticos sin gluten? ¿O incluso libros? Yo apostaría que sí.

LORENZO CHAPARRO



I

HUMOR

Definición: facultad de descubrir y expresar lo que es cómico o gracioso.

Sinónimos: gracia, agudeza, ingenio, gracejo, humorada, ocurrencia, chiste, salida, humorismo, sal, salero, chispa, socarronería, ironía, garbo, donosura, finura, humorada, jovialidad, euforia, optimismo, exaltación, alegría, satisfacción.

«Tengo un poco la impresión de que en España abunda mucho el chiste, la comicidad, el cachondeo (que es una palabra que ustedes usan y nosotros no). Todo eso existe, y existe en grandes dosis. Lo que me parece que existe menos es lo que yo llamo el humor, es decir, esa forma de mirar las cosas serias quitándoles toda la prosopopeya, la retórica y el engolamiento; mirar las cosas como las miran los personajes de las novelas de Dickens, los cuales aluden a aspectos muy ciertos y verdaderos pero lo hacen a través de una broma o de un sobreentendido, eso que se llama humor y que he tratado de ejercer yo también en algunos de mis libros».

JULIO CORTÁZAR



«Valía la pena de explicar también, para instrucción de indoc-
tos, lo cerca que está siempre el humor del surrealismo y cómo
ambos, al fin y al cabo, son emanaciones directas de la sinrazón,
lo cual, uno y otro, les son difíciles de comprender y de estimar a
las gentes exclusivamente razonables; a las gentes que no tienen
capacidad mental y espiritual bastante para saber huir de la realidad
en un momento dado; a las gentes no preparadas para el ensueño
y a quienes toda ensoñación repugna; a las gentes cuyo corazón
se halla cerrado herméticamente a la poesía; a las gentes sin alma;
a las gentes que viven, piensan y sienten en todo instante a ras de
tierra».

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

«La vida es para reírse y pasarlo bien. Que son dos días. Ay, qué risa. . .».

CONFUCIO

(tras ver a un primo suyo resbalar con una cáscara de plátano).

TODOS MUERTOS

El caso es que estábamos mi mujer y yo viendo la tele en el salón, junto a Merche, mi suegra, y el perro, que estaba roncando en alguna parte, cuando anunciaron que iban a echar *Gigante*, y yo dije: «*Joder, qué película más buena*», y mi suegra comentó: «*Todos muertos*»; y yo me volví y le contesté: «*Coño, y qué más dará eso, si trabajan el Hudson y el Dean y la Taylor que son unos actorazos*»; y ella repitió sin dejar de mirar la tele: «*Ya, ya, pero todos muertos*». Justo al acabar la frase, de improviso se fue la luz y exclamé: «*Joder, ahora que iba a empezar*»; así que le pregunté a mi mujer, que llevaba toda la noche comiendo pipas y hacía unos *cric cric* muy seguidos, que dónde estaban las velas; y en su lugar me respondió Merche que de velas nada, que le recuerdan a los muertos. Así que dije: «*Pues voy a por la linterna*», y mi suegra me avisó de que tuviera cuidado con el perro, no le fuera a pisar. Como no se veía ni torta, y tampoco recordaba dónde estaba el chucho, empecé a caminar muy despacio en dirección a la puerta, con tan mala suerte que tropecé, no sé con qué, y caí al suelo. Entonces el perro, un bulldog inglés gordo y viejo que tenemos —aunque en realidad es de mi suegra, que se lo trajo al venirse a vivir con nosotros—, empezó a ladrar y yo no me atreví a moverme porque no le caigo muy bien que digamos, e igual se lanzaba sobre mí aprovechando que me encontraba a su altura. En esto que dejó de ladrar y yo permanecí quieto a cuatro patas porque le oía respirar muy cerca y me entró miedo, las cosas como son, cuando de repente, *shuuuurp*, siento que me da un repugnante lametazo en toda la cara y yo, que no me esperaba en absoluto

aquello, pegué un grito y le dije a mi mujer que lo llamase. Pero en lugar de ella fue mi suegra la que empezó a gritarle: «¡Churro, Churro!», que es el nombre que se empeñó en ponerle porque le recordaba a su marido que fue churrero; y maldita la gracia que me hizo, porque más que un nombre de perro parece un chiste. Total, que intenté retroceder a cuatro patas, pero Churro, sin hacer el menor caso, siguió lamiéndome la cara, y del asco que me entró, casi devuelvo la tortilla de ajetes que habíamos cenado. Cuando por fin logré ponerme en pie y avancé a tientas con las dos manos extendidas, porque de verdad que no se veía nada en absoluto, de improvisto volvió la luz y mi suegra comentó: «*Qué mal rato se pasa al quedarse todo a oscuras y no ver nada, porque es como si te murieses*»; y yo mascullé entre dientes: «*Pues ni que te hubieras muerto alguna vez*», mientras me dirigía a toda prisa al baño para lavarme la cara, que la tenía llena de las babas del asqueroso del perro. Una vez allí, como todo me olía al dichoso Churro, aproveché también para echarme Varón Dandy por encima de la camisa, que tal vez me pasé un poco, las cosas como son, porque al regresar al salón mi suegra me preguntó que si se me había caído el frasco encima. Pero yo no hice ni caso y me limité a preguntar si había empezado la película, y ella va y me responde que para qué quiero verla si están todos muertos y yo pensé: «*Pues como lo sigas repitiendo igual tenemos un cadáver más esta noche*». En esto que de nuevo se volvió a ir la luz y, como no había traído la linterna, me preguntó en tono irónico que si solo me había levantado para echarme colonia. Como no quería liarla, me callé y permanecí sentado por si volvía la luz para ver al menos algo de la película. El tiempo fue pasando y seguíamos a oscuras, hasta que, cuando ya casi me había resignado a irme a la cama, harto de los ronquidos del perro, los *cric cric* de mi mujer y los comentarios de mi suegra sobre lo deprimente que es quedarse a oscuras, de improvisto se hizo la luz y en la pantalla del televisor apareció el Dean, que acababa de descubrir petróleo y se dirigía a la casa del Hudson. Para mí una de las mejores escenas, porque el Dean, pringado de arriba abajo, da todo un recital de interpreta-

ción cuando se insinúa a la Taylor y termina pegando al Hudson, para largarse a continuación sin parar de reír en aquella camioneta destartada. Así que, tras ver aquello, no pude por menos que exclamar: «¡Joder, qué actor más bueno era el Dean!», lo que dio lugar a que mi suegra comenzara a decir: «Sí, ya, ya, pero todos...». No dejé que terminara la frase, porque me volví furioso y la taladré con la mirada. En ese momento se volvió a ir la luz y oí cómo decía muy bajito: «...muertos». De la rabia que me entró, me levanté para irme a la cama, sin darme cuenta de que el perro estaba tumbado muy cerca y le pisé, comenzando a aullar como si le hubiera matado, lo que dio origen a que mi suegra le llamase a gritos como una histérica: «¡Churro, Churro! ¿Qué te pasa?». Y entre la oscuridad y el follón que armó, no me percaté de que mi mujer tosía de una forma preocupante porque al parecer se había atragantado con una pipa, así que empecé a buscarla a tientas, mientras su madre hacía lo mismo con el perro de los cojones, y menos mal que pude dar con mi mujer y le hice la maniobra de Heimlich, porque de lo contrario habríamos tenido finalmente un muerto aquella noche. Bueno, el caso es que terminé trayendo la linterna y alumbré a mi mujer y al perro para ver cómo estaban. Menos mal que no pasó nada, gracias a Dios, y al poco rato volvió la calma, aunque no del todo, porque mi suegra no paraba de rezongar muy bajito diciendo que podía haber matado al perro, y que nada de esto habría pasado si hubiera traído la linterna en lugar de echarme Varon Dandy. Total, que al final terminamos pasando la noche a oscuras en el salón, con el perro venga a roncar en algún sitio y mi mujer sin parar de comer pipas, con esos *cric cric* tan molestos, y yo sin ver *Gigante*, con el Hudson, el Dean y la Taylor, y encima tener que soportar ala puñetera de mi suegra que, creyendo que no la oía, no paraba de decir muy bajito que estaban todos muertos...

II

HUMOR

Definición: facultad de descubrir y expresar lo que es cómico o gracioso.

Antónimos: carácter, genio, talante, disposición, temperamento, condición, índole, seriedad, gravedad, líquido, linfa, secreción, excreción, serosidad, derrame, sudor, flujo, mucosidad, disgusto, displicencia, fastidio, irritación, mesura, comedimiento, circunspección, severidad, actitud, aspereza, sequedad, adustez, solemnidad, rigidez.

Hay en este extraño caos que llamamos *la vida* algunas circunstancias y momentos absurdos en los cuales tomamos el universo todo por una inmensa broma pesada, aunque no logremos percibir con claridad en qué consiste su gracia y sospechemos que nosotros mismos somos las víctimas de la burla. Sin embargo, nada nos desalienta, nada nos parece digno de disensión. Engullimos todos los acontecimientos, todos los cultos, todas las creencias y persuasiones, todas las cosas difíciles, visibles e invisibles, por indigestas que sean, como un avestruz de estómago poderoso engulle balas y pedernales. En cuanto a las dificultades de ruina imprevista, los riesgos de la vida y el cuerpo, todo eso, incluso la muerte misma, nos parecen golpes ingeniosos y sin mala intención, alegres puñetazos en los costados que nos da el invisible y misterioso viejo bromista.

Herman Melville (Moby Dick)



«*El mito de Sísifo* es un ensayo filosófico de Albert Camus. En él, Camus discute la cuestión del suicidio y el valor de la vida, presentando el mito de Sísifo como metáfora del esfuerzo inútil e incesante del hombre. De esta forma, plantea la filosofía del absurdo, que mantiene que nuestras vidas son insignificantes y no tienen más valor que el de lo que creamos. Siendo el mundo tan fútil, Camus pregunta: ¿qué alternativa hay al suicidio?, y desarrolla la idea del “hombre absurdo” o con una “sensibilidad absurda”.

Aquel que se muestra perpetuamente consciente de la completa inutilidad de su vida.

WIKIPEDIA

«La vida es una putada y maldita la gracia que hace a veces. Ay, qué pena. . .».

CONFUCIO (tras la muerte de su gatita)

TE QUIERO MUCHO

Hoy, esta tarde lluviosa y gris, que suave y lentamente se va desvaneciendo, también te noto triste. Igual que ayer. Y aunque me apena verte así, no lo voy a exteriorizar. No sería justo. Debo fingir y hacerte creer que estoy alegre y despreocupado. La procesión, claro, va por dentro porque, sin que pueda hacer nada por evitarlo, hace ya algún tiempo que empiezo a pensar en la muerte. Y es que ya somos muy mayores, ¿no es cierto? De manera que es lógico dar vueltas a la idea de que tarde o temprano nos iremos de este mundo. Pero también me he preguntado muchas veces: ¿y si te fueras tú primero? Te juro que no podría soportarlo. Si me faltaras no soportaría encontrarme solo. De manera que, aunque comprenda que suena muy egoísta, preferiría irme yo antes. Pero dejemos ahora esos pensamientos. Como te decía al principio, no puedo dejar que me veas triste. Mi obligación es animarte, o al menos no añadir nada negativo. Es algo muy frecuente, todo el mundo lo hace. Todos, en mayor o menor medida, fingimos. Sí, los humanos somos así, tratamos de aparentar que estamos bien. Yo, por ejemplo, lo habrás observado muchas veces, cuando viene alguien a casa, no con mucha frecuencia, todo hay que decirlo, siempre sonrío. Nunca pongo mala cara ni doy muestras de estar triste o preocupado, a pesar de que los dolores cada vez son más fuertes y las pastillas casi no me hacen efecto. Detesto que me compadezcan, sientan lástima de mí o, incluso, pretendan darme ánimos. Odio que me den palmaditas en la espalda. No lo soporto. Y ahora que me doy cuenta... ¿por qué te estoy contando todo esto? ¿Cómo empezó?

Ah, sí, porque hoy también te noto triste. Es como... si presintieras algo. Mira, ¿sabes una cosa? Debo confesarte que, en realidad, estaba mintiendo al decirte de forma tan egoísta que prefería irme antes que tú. Porque si así fuera, ¿quién te cuidaría...?

«He dejado de hablar a propósito. He provocado este silencio para ver tu reacción. No se ha hecho esperar. Has estado todo este rato abí, tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en tus patas, los ojos cerrados y la respiración suave y pausada. Al no oírme, has levantado las cejas y me has mirado sin moverte en absoluto, como diciendo: “¿Por qué te has callado? ¿Ocurre algo?” Me he limitado a sonreírte. Nos hemos mirado durante unos segundos, y a continuación, al ver que todo está en orden, has vuelto a cerrar los ojos. Sí, hoy también te noto triste. Incluso me atrevería a decir que más que otras veces. Es como si presintieras lo que va a pasar. Sí, porque mañana es el día. Mañana acabará todo. Ya no volverás a despertarme para sacarte a la calle; ni volverás a traerme las zapatillas o la botella de agua que a veces se me cae al suelo. Ya no te veré apagar la luz dando al interruptor con el hocico; ni iremos a pasear por el parque, tú siempre a mi lado, casi pegado a la silla de ruedas, ni a jugar cuando, con mucha dificultad, consigo lanzarte la pelota... Echaré de menos también que me traigas el teléfono agarrándolo con la boca... ¿Te acuerdas aquel día que me caí y no podía levantarme y tú lo trajiste en seguida para llamar a la asistente? Qué de recuerdos, ¿verdad?... Estaría horas y horas mirándote, Toby, pero siento que también el sueño me vence... Sí, mañana es el día. Ya he dejado las instrucciones a la asistente y he hecho todos los trámites que me aconsejaron hacer en la Asociación. Mañana vendrán los voluntarios y te pondrán una inyección, y luego yo me tomaré el brebaje que me hará dormir para siempre. Sin sufrir, solo 15 minutos y después un sueño profundo. Y de esa forma nos iremos juntos, al mismo tiempo, sin que ninguno se quede solo... Pero antes de que el sueño me venza, en esta última tarde lluviosa y gris, que ha terminado por desvanecerse, déjame decirte con el pensamiento que te quiero mucho».